

primogénitos, disminuid los favores que acostumbráis concedernos! ¡Sea todo para esas almas, que han entrado de nuevo en el camino de la Cruz! Aún están débiles y flacas, tienen necesidad de consuelo y de que las fortifique vuestra divina unción. Dádselo todo, y solo quede para nosotros lo necesario. ¡Oh, Dios mio! y ¡cuánto me complace en representarme la alegría de esa solemnidad! ¡cuán grande es mi esperanza de que sea celebrada, aún en estos tiempos de infortunio, por un gran número de cristianos, que siempre han permanecido fieles ó que se han convertido! Si el cielo hace fiesta por un solo pecador que haga penitencia, ¡cuáles serán los transportes de júbilo que retumbarán en las bóvedas celestiales, cuando tengamos la dicha de ver, que los noventa y nueve pecadores se acercan al altar, se presentan todos á vuestra mesa para recibir el alimento divino, y podamos decir de cada uno de ellos: «Mi hijo estaba muerto, y ha resucitado: estaba perdido, y se ha hallado?» ¡Dios mio! para consuelo de vuestros ministros y de vuestra Santa Iglesia, esa casta esposa, que tan tiernamente amais, concedednos la gracia que os pedimos; y desciendan vuestras bendiciones con tanta abundancia sobre este auditorio, que produzcan frutos duraderos de conversión y santificación para la felicidad eterna. Amen.

HIJO DE LA VIUDA DE NAIM.

(EL)

Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suae.

Hé aquí que sacaban á enterrar á un difunto hijo único de su madre.

(Luc. vii, 12.)

Luego que el Salvador hubo curado al siervo del Centurion, se dirigió en compañía de sus discípulos á la ciudad de Naim, á cuyas puertas se le ofreció un espectáculo que excitó su compasión. Iba á ser enterrado un jóven, hijo único, única esperanza, único apoyo y delicia única de una madre viuda, arrebatado por la muerte en la flor de sus años; y la desgraciada madre, pálida, desconsolada y llo-

rosa, acompañaba el féretro, resuelta á sepultarse con su hijo, porque no se reconocía con fuerzas para vivir sin él.

El infortunio de esta jóven mujer, viuda y sin hijos, habia excitado en el público una compasión general. Pintada estaba la tristeza en todos los semblantes, la amargura hacia latir todos los corazones, y una inmensa multitud acompañaba á la infeliz madre, llorando con ella y doliéndose de su desgracia. Absorta la desconsolada madre en su acerbo dolor, no despliega sus lábios, ni dirige súplica alguna al Salvador. Mas no importa, el espectáculo de su dolor es una elocuente plegaria, que conmueve el corazón de Jesucristo. ¡Oh Señor! Vos no podeis presenciar las miserias del hombre sin compadeceros de él. Por esto el Salvador, acercándose á la afligida mujer, con enternecido acento le dijo: Tienes razón, desgraciada: pero no llores; yo estoy aquí para devolverte tu hijo: se acercó al féretro en que yacía el frío cadáver del jóven, tocóle, y con voz omnipotente, exclamó: Jóven, yo te lo mando: levántate. ¡Admirable poder de Dios! Apenas el Hijo de Dios acababa de pronunciar estas palabras, cuando, levantándose el difunto y sentándose, rebosando salud y vida, en el mismo féretro, comenzó á conversar alegremente con los que estaban en su inmediación. Entónces, tomándolo el amoroso Salvador de la mano, y haciéndole bajar del féretro, lo presentó á su madre, diciéndole: Véte en paz, mujer venturosa; ya tienes vivo á tu hijo.

Tan extraordinario prodigio excitó en todos los circunstantes un sentimiento de temor reverencial, mezclado de admiración y de asombro; mas, despues, dando todos libre rienda á la gratitud, comenzaron á gritar con el mayor entusiasmo: Alabado y glorificado sea Dios: porque el gran Profeta está ya entre nosotros, y porque este Dios piadoso ha venido ya en persona á visitar á su pueblo.

Ved aquí el tierno é interesante suceso que nos refiere san Lucas: una historia sencilla y clara en su sentido literal; pero que, en su sentido espiritual, envuelve profundos misterios, y se presta para deducir de ella lecciones importantes.

Hagamos algunas reflexiones sobre ella, y no podreis ménos de admirar, por una parte, la profunda miseria de los pecadores; y por otra, la misericordia de Jesucristo, que los llama á la vida de la gracia por las oraciones de su Iglesia. Esto es lo que formará el objeto del presente discurso: en él encontrareis motivos para consolaros y edificaros. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. El cadáver del hijo, cuya pérdida lloraba la desconsolada viuda de Naim, habia sido ya sacado de la ciudad para ser enterrado.

La ciudad, según algunos intérpretes, significa el cuerpo humano, en que está el alma encerrada como en su propia ciudad. Esta simbólica ciudad del cuerpo humano tiene sus puertas en los cinco sentidos. Así, pues, las puertas de la ciudad de Naim, de que hace mérito el evangelista, pueden indicar los sentidos corpóreos. En tanto que el hombre se sirve de sus sentidos para servir y alabar á Dios, para socorrer al prójimo y santificarse á sí mismo, estas puertas misteriosas son *puertas de gloria y de vida*, puertas embellecidas con el augusto blason de la gracia y de la santidad; porque el resplandor de la santidad y de la gracia que adunan interiormente al alma fiel, se trasluce al través de los sentidos corpóreos, y, por lo tanto, son puertas donde resuenan las alabanzas y las bendiciones de Dios, y que cooperan á la edificacion del prójimo. Mas, cuando estos sentidos, que Dios nos ha dado para nuestra verdadera utilidad y para su gloria, se prestan al desórden de las pasiones, entónces se truecan en *puertas de la muerte*. En el jóven difunto, que era conducido fuera de la ciudad, vemos figurado el hombre pecador, que, por medio de un acto cualquiera de su cuerpo, manifiesta la muerte de su alma, é indica la perversidad de su corazon. Del cadáver de Naim dice explícitamente el historiador sagrado, que yacía sobre el féretro mortuorio, y era conducido por los ancianos al sepulcro. ¡Oh qué gran misterio envuelven estas circunstancias! Nos manifiestan claramente el estado funesto del pecador *fuera de la ciudad*, ó sea, que ha revelado ya á su familia, á sus compañeros, á sus amigos, á sus vecinos y al público el secreto de su pecado. El féretro mortuorio representa la conciencia endurecida ó indiferente, en la que este pecador descansa tranquilo. El hijo de la viuda de Naim, tendido en el féretro, es insensible al destino que se prepara á su cadáver, próximo á ser sepultado, y á las lágrimas que su madre y todo el pueblo vierten por su muerte prematura. Así tambien el pecador, miéntras sobre el féretro funesto de su conciencia cauterizada é insensible es llevado al infierno; miéntras todos se afligen y deploran sus desórdenes presentes y su próxima sepultura en el infierno, solo él parece no sentir su propia desgracia ni el daño de otros, su estado propio ni el dolor ajeno; y nada le importa la salud que degenera, ni el patrimonio que vuelve á ménos, ni la vida que se acorta, ni la reputacion que pierde, ni la familia á la que aflige, ni los amigos á quienes escusuela, ni el público al que escandaliza, ni la religion que deshonra, ni su propia alma que impele á la condenacion eterna; y en medio del sentimiento general, el pecador es el único que no se disgusta; y en medio del llanto comun, el pecador es el único que no se aflige, no se

desazona ni se inmuta; sino que, desenvuelto, tranquilo, alegre y satisfecho de su suerte, se deja conducir al abismo, para ser sepultado en él cuando ménos lo espere, como el nécio y lascivo carnero, que, coronado de flores y brincando por el campo, es conducido al sacrificio.

En los ancianos que llevaban á sepultar al jóven difunto, vemos representadas las inmundas afecciones y las torpes pasiones, que conducen invisiblemente al hombre á la muerte, y los falsos amigos, que con seductores halagos y con adulaciones perversas, miéntras excusan, aprueban y aplauden los pecados de los jóvenes, acrecientan su número y llevan su medida al colmo. Estos son los hombres de corazon duro, de quienes Jesucristo dice en el Evangelio: «Dejad á los muertos que entierren sus muertos;» significando con estas palabras á los pecadores, verdaderos muertos en el órden de la gracia, que, animándose mutuamente con el favor, con las adulaciones y los consejos, para darse al pecado, ejercen reciprocamente el terrible oficio de sepultarse unos á otros bajo la lápida pesada del mútuo respeto humano, para que ni aún siquiera les quede la esperanza de la resurreccion.

La madre viuda, que con su dolor consigue la gracia de ver resucitado á su hijo único, haciéndole renacer con su llanto, representa á nuestra santa y augusta madre la Iglesia, la cual, despues que su divino Esposo subió á los cielos, no lo ve corporalmente á su lado, y está como viuda en el mundo. ¡Grande y profundo es el misterio de la Iglesia! Todos los verdaderos fieles de Jesucristo, como que están unidos entre sí por la profesion de una misma fé y por el vínculo de una misma caridad divina, forman *una* Iglesia, la esposa amada del Dios Salvador. Pero en cuanto cada uno recibe la doctrina y la gracia, como dones de Dios concedidos en propiedad á todo el cuerpo de la Iglesia, se convierte en verdadero hijo de esta sociedad, y la sociedad se convierte en su verdadera madre. La Iglesia es nuestra verdadera madre, porque nos engendra realmente para Jesucristo, y nos hace verdaderos hijos de Dios. Esta sociedad divina devuelve á cada uno de los individuos que la constituyen, el amor que los une á todos ellos, y, por lo tanto, puede decirse con verdad, que la Iglesia nos profesa un amor y una ternura de madre; y que si incurrimos en pecado, nos llora como se llora la muerte de un hijo. La viuda de Naim, al llorar amargamente los frios restos de su hijo único, difunto, representa la comunión de los verdaderos fieles, que, unidos por la fé y animados por la gracia, forman la Iglesia viva, la Iglesia madre, y no cesan de orar y de llorar en la presencia de Dios la

muerte espiritual de los pecadores. Vosotros, que censurais, que os reís y haceis burla de las mortificaciones, del recogimiento, de los sacrificios y oraciones de las almas justas, ved cual es vuestra locura! Estas oraciones, estos sacrificios, este recogimiento, esta penitencia de tantas almas puras y fervorosas, son el escudo que os preserva, son las recomendaciones, merced á las cuales Dios os tolera en el mundo, y se os prepara el camino de la gracia y del perdón. ¡Oh, cuánto mayor sería aún en este mundo el castigo de los pecadores, si no fuese por las oraciones de los justos!

La viuda de Naim, con su aflicción y su dolor, enterneció y conmovió profundamente el corazón de Jesucristo. Con la compasión que el Salvador experimentó al ver el desconsuelo de esta viuda, que lloraba la muerte corporal de su hijo, quiso manifestarnos, que se enternece y se conmueve á la vista de las lágrimas continuas que derrama la Iglesia, su esposa, por la muerte espiritual de sus hijos. Así, pues, Jesucristo, al decir á la viuda de Naim, «no llores,» promete, desde entonces, oír las oraciones de la Iglesia en favor de la resurrección espiritual de los pecadores, y darle el medio de que los pecadores puedan resucitar; es decir, el poder sacramental de absolver todos los pecados. El Salvador previó, que ciertos hombres, animados por un terrible odio contra el pobre género humano, propio de Lucifer, negarían el dogma de la *remisión de los pecados*, sin reparar, que de esta suerte quitan al cristiano caído hasta la esperanza, le sumergen, ya en esta vida, en el abismo de la desesperación, y le impelen á que se abandone á todos los vicios! Imposible parecería, que hubiese hombres capaces de enseñar unas doctrinas tan fatales, si no supiésemos por el mismo Salvador, que hay ciertos hombres, á quienes el demonio inspira los instintos homicidas que ha tenido siempre contra el hombre, que les infunde su espíritu, les pone en boca su propio lenguaje, los hace sus hijos, su descendencia, sus cooperadores y los ciegos ejecutores de sus infernales deseos. Ved aquí á los heresiarcas, y, por lo tanto, la herejía es esencialmente cruel y enemiga del hombre; procura viciarle, convertirle en bruto, y hacerle infeliz en esta vida y en la futura.

Sin embargo, no se concretó el Señor á confirmar en este tierno pasaje el dogma *del perdón*, sino que declaró también su razón y su mérito, su principio y su fundamento. El féretro en que yacía el joven de Naim, por su forma y su uso, significaba, como hemos visto, el triste misterio de una conciencia endurecida, que permite al hombre estar tranquilo en su pecado; mas, por la materia de que estaba formado, es decir, de madera, indicó el leño de la prevaricación pri-

mitiva, el árbol fatal por el que todos tuvimos muerte en Adán, y éramos conducidos al abismo, como los muertos al sepulcro. ¡Oh, leño funesto para nosotros! Pero luego que el Hijo de Dios se acercó á tocarlo; es decir, cuando hubo extendido sus brazos divinos sobre el leño de la cruz; cuando se hubo colocado en este féretro de dolor, sufriendo en él la muerte que el primer hombre había merecido para sí y para los demás hombres; con este divino contacto, con este sueño misterioso, trocó el féretro de muerte en carro triunfal de vida. ¡Dichoso, pues, el joven de Naim, conducido sobre el leño, que es el símbolo y la esperanza de la resurrección! Jesucristo, que al tocar el fúnebre leño volvió á la vida al difunto joven, nos indicó, á la vez, que los hombres, por el mérito de su cruz, habían de conseguir el perdón, la salud y la vida espiritual.

Consigna al propio tiempo el evangelista, que, al tocar el Señor el féretro del joven difunto, se detuvieron los ancianos que lo conducían. Ved aquí la figura de un gran misterio: cuando Jesucristo tocó con su cuerpo el leño de la cruz, todas las concupiscencias, todas las pasiones, todos los malos deseos que inducen al hombre al abismo, perdieron sus bríos, vieron contenidos sus fatales progresos. Ved aquí lo que hizo clavado en cruz el Salvador del mundo por el género humano entero, que, habiendo muerto en Adán y siendo crucificado en Jesucristo, resucitó espiritualmente en Jesucristo y con Jesucristo por medio de la cruz. Esto mismo reproduce á cada instante el Salvador con los cristianos, á quienes aplica el valor y el mérito de su cruz. En efecto, apenas el Señor, cediendo á las súplicas de la Iglesia, se acerca al cristiano pecador, y con su gracia toca su conciencia, le pone en vacilación y despierta en ella los remordimientos; luego que le hace saborear las delicias de uno de los más bellos frutos del árbol de la cruz, que es la contrición, los deseos impuros desaparecen, pónese coto á las pasiones, porque no tienen fuerza para continuar arrastrando al hombre hácia el abismo; y las mismas tentaciones exteriores, ó las pasiones personificadas en los aduladores de los vicios, en los maestros de la iniquidad, al verse olvidadas y despreciadas, se retiran y desaparecen.

2. El joven difunto, que luego de oír la voz de Jesucristo, como un hombre que despierta de un sueño, abrió los ojos y se sentó sobre el lecho de muerte, fué una figura de tantas almas muertas por el pecado, á quienes el Señor, con la voz misteriosa de sus llamamientos internos, resucita todos los días á la gracia. Jesucristo entregó á la desconsolada madre el hijo resucitado; así también el pecador, resucitado á la gracia por la palabra omnipotente de Jesucristo, *Ego te*

absolvo, que el sacerdote pronuncia en su nombre, es entregado realmente á su madre, porque se le hace entrar de nuevo en la comunión espiritual de la Iglesia.

Mas ¿quién podrá expresar dignamente la sorpresa, la admiración y la alegría de la madre viuda, al ver vivo, sano y rebosando juventud y gracia á su hijo único, á quien lloraba muerto? Ved aquí una figura y una muestra de la alegría que experimenta la Iglesia, cuando ve á los pecadores resucitados espiritualmente á la gracia. Y ¿quién pudiera expresar, en verdad, la alegría que las almas, verdaderamente santas y piadosas, que son, en cierto modo, el alma y el espíritu de la verdadera Iglesia, experimentan á la vista de los pecadores convertidos? ¡Ah! no hay placer, por vivo é intenso que sea, producido en los hombres por causas humanas, que pueda compararse al sentimiento delicioso é inefable de esta alegría pura y espiritual. Solo el de una madre, que ve súbitamente devolverle vivo su hijo difunto, puede representarlo en algun modo. Mas esta santa é inefable alegría no se concreta á la tierra, sino que, como dice el mismo Jesucristo, se eleva y se difunde en el cielo. Al resucitar un pecador á la gracia, por medio del arrepentimiento, la Iglesia triunfante se alegra como la Iglesia militante; los ángeles lo celebran, lo propio que los santos; los justos, que están en este mundo, y los bienaventurados, á coro bendicen y alaban por semejante gracia la divina misericordia.

En vista del portento de la resurrección del jóven, el pueblo de Naim exclamó: El gran Profeta se ha presentado ya entre nosotros, y Dios ha venido á visitar á su pueblo. Este grito, dicen los Padres, es misterioso y profético, é inspirado por el Espíritu Santo; pues *profeta*, entre los hebreos, significaba *doctor*, y el acto de visitar es peculiar del médico que va á ver un enfermo. Hé aquí como el pueblo de Naim, al llamar á Jesucristo doctor y médico, consigna y vaticina los dos principales caracteres del Mesías, los dos objetos de la misión del Hijo de Dios entre los hombres: el de desvanecer las tinieblas de sus entendimientos *con su doctrina*, y curar *con su gracia* la corrupción de sus corazones; el de iluminarlos con su luz, y lavarlos con su propia sangre. ¡Oh, cuán bello es oír al Señor, entre las humillaciones de su vida, entre las calumnias y las blasfemias de que sus enemigos hicieron objeto á su persona y su nombre, proclamado verdadero Hijo de Dios, verdadero Mesías y Salvador, por la confesión libre y espontánea del pueblo, que es la voz de Dios, y por el testimonio público, ajeno del todo á la influencia de la envidia y de las pasiones bastardas y bajas!

La visita á que se refiere el pueblo de Naim, es la misma visita de

que treinta años ántes, realizado apenas el misterio de la Encarnación del Verbo, habló Zacarías, padre del Precursor, diciendo: El verdadero Oriente ha venido de los cielos á *visitarnos*, para darnos á conocer toda la ternura de la misericordia de nuestro Dios: *Per viscera misericordiae Dei nostri: in quibus visitavit nos oriens ex alto* (Luc. 1, 78). Así como el médico compasivo acude á visitar al enfermo, y le indica las medicinas que pueden devolverle la perdida salud del cuerpo, así nuestro piadosísimo Dios, por medio de la Encarnación de su eterno Hijo, ha visitado al género humano, y le ha proporcionado el remedio para recobrar la perdida salud del alma, diciendo: «Haced penitencia.» Esta es sin duda la medicina más eficaz.

Esta amorosa visita del médico celestial no terminó, sin embargo, con la vida mortal del Hombre Dios sobre la tierra. Entonces nos visitó, haciendo que el eterno Verbo tomara nuestra carne; y, ahora, todos los días nos visita, enviando este mismo Verbo á nuestros corazones. Todos los días, á todas horas y á cada instante, nos visita este Dios de misericordia. Las visitas amorosas que nos hace por medio de su divino Verbo, son esas voces ocultas, esas inspiraciones secretas, con que nos sentimos movidos de continuo á corregir nuestras pasiones, á despojarnos de nuestros vicios, á enmendar nuestras faltas, á entregarnos á la práctica de las virtudes cristianas, á despedirnos para siempre del mundo, á renunciar á los vanos atractivos de la felicidad temporal y de los deleites mundanos, y procurar los gozos celestiales y la dicha eterna.

¡Ah! cristiano; ¿cuánto tiempo há, que estas voces divinas resuenan en tu corazón? ¿Cuánto tiempo há, que el Señor repite en tu corazón aquella frase imperiosa: Jóven, yo te digo que te levantes? ¿No ves, miserable, la degradación y el envilecimiento á que te ha conducido el espíritu de ambición, de interés, de lascivia y de odio, que te domina, te tiraniza, te envilece y te oprime? ¡Vanidad y torpeza respiran tus pensamientos! ¡A locuras é injusticias se reducen tus designios! ¡Desórden, bajeza y corrupción se notan en tus afectos! ¡Intrigas, mentiras y supercherías forman tus obras! Eres un foco de vicios y de pecados. ¡Cuánta sería tu confusión, si se descorriese el velo que cubre los desórdenes de tu vida y la perversidad de tu corazón, y aparecieses ante los hombres tal como eres á los ojos de Dios! Y ¿por qué te obstinas en estar echado? ¿Por qué no te levantas? ¡Ay de tí, si, como Jerusalen, no comprendes el gran valor de esta voz y de esta visita, y no te apresuras á aprovecharte de ella! Lo propio que Jerusalen, serás abandonado á tu obstinación y á tu

endurecimiento. Procura, pues, cuanto ántes, responder á esta voz de misericordia, que hoy resuena en tu corazon, quizá por última vez, y que te llama para que te arrepientas y te brinda con el perdon: *Surge*; no sea, que llegue el día en que vuelvas á oír esta misma voz, para imponerte con tono amenazador y severo la condenacion y el castigo. Apresúrate á responder á esta voz de misericordia, para que se te perdonen tus pecados, y alcances despues la gloria eterna, que os deseo á todos. Amen.

HIJOS.

(DEBERES PARA CON SUS PADRES.)

I.

Honora patrem tuum et matrem tuam.

Honra á tu padre y á tu madre.

(Exod. xx, 12.)

Entre las estupendas maravillas y asombrosos prodigios que, desde la creacion del mundo, ha obrado Dios nuestro Señor á beneficio de sus criaturas, uno de los mayores, fué haberles dado su santísima y divina ley, escrita de propia mano en dos tablas de piedra, que el gran Moisés bajó del monte, lleno de gloria y resplandor. Contentianse en ella los diez preceptos del decálogo, tan maravillosamente dispuestos, que los que miraban inmediatamente á Dios, estaban escritos en la primera tabla, y los que decian relacion á sus criaturas, se hallaban puestos en la segunda; y en ambas, resplandeciendo admirable la bondad y sabiduría de Dios, que con singular orden, suavidad y armonía dispuso todas las cosas, se compendia toda la felicidad de la presente y futura vida de los hombres; porque, intentando su Majestad instruirlos en el modo con que le habian de adorar y servir á él solo como á su verdadero Dios, y vivir en paz, concordia y caridad con sus prójimos, les mandó en el primer precepto, que le amasen con todo el corazon y todas sus fuerzas; en el segundo, que alabasen su santo nombre y le dedicasen sus palabras; señalándoles en el tercero, las obras en que se debian ejercitar para su agrado; en-

señalándoles como han de tener cierto y determinado culto, con el cual, en la Iglesia ó congregacion de los fieles, manifestasen con señales exteriores visibles, la invisible fé que tienen en su corazon; mandándoles que en estos días, dedicados al divino culto, se abstengan de obras serviles y gocen el dulce descanso, para que en cada fiesta se viese un bosquejo del descanso interminable de la bienaventuranza, en cuya contemplacion nos debiamos ocupar. Y despues de haber establecido así la religion del hombre para con Dios, encaminando rectamente su corazon, sus palabras y sus obras á la consecucion de la vida eterna, que es el fin para que su Majestad le crió, pasa á establecer como la segunda religion del hombre para con sus semejantes, mandándoles honrar el padre y la madre: *Honora patrem tuum et matrem tuam*. Este el primer mandamiento de la segunda tabla, al que el apóstol S. Pablo llama el primero de los mandamientos, por el que Dios ha prometido recompensa: *Quod est mandatum primum in promissione* (EPHES. VI, 2); porque, efectivamente, cuando el Señor manda honrar al padre y á la madre, añade inmediatamente la promesa de que los que así lo ejecutasen, tendrán una larga vida en la tierra y un premio eterno en el cielo. Habla, primero, de los padres, porque entre todos los prójimos son los más cercanos á nosotros, pues recibimos de ellos el sér y la vida natural, y si no fuera por ellos, no existiríamos. Todos saben que por nombre de padres, no solo se entienden los que nos dieron el sér, despues de Dios, sino todos los mayores en edad, dignidad y gobierno. Hay padres políticos, que son todos los jueces y magistrados, que con legítima autoridad gobiernan; hay padres legales, que son aquellos que establecen las leyes, como los tutores y curadores; y hay padres espirituales, cuales son los obispos, párrocos y demás sacerdotes. Hoy nos ceñiremos solamente á explicaros las obligaciones de los hijos para con sus padres naturales: diremos cuántos y cuáles sean, qué hijos las cumplen y quienes no; y, por último, tocaremos algunos castigos que Dios fulmina contra los malos hijos, y algunos premios que el Señor ofrece á los buenos. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. En tres palabras nos compendia el catecismo cuanto podemos apetecer sobre el asunto. Pregunta, pues de esta manera: ¿quién se dice con verdad que honra á los padres? Y responde: el que los obedece, socorre y reverencia. Ved aquí ya patente la obligacion de que al presente tratamos; y aunque en estas palabras no hace clara y expresa mencion del amor que los hijos deben á sus padres, es sin duda porque lo supone embebido en las otras obligaciones. Cosa bien clara